

# LA PEDAGOGÍA DE LA HUMILDAD EN *CAMINO*

MANUEL BELDA PLANS

## 1. INTRODUCCIÓN

En estas páginas no pretendemos estudiar en toda su amplitud el concepto de humildad —su naturaleza, principales características y manifestaciones, etc.— tal y como lo presenta el Fundador del Opus Dei en *Camino*. Nuestro objetivo en esta sede es más modesto, ya que nos vamos a limitar al estudio de la pedagogía pastoral de la humildad, es decir, de cómo enseña San Josemaría Escrivá en este libro a vivir dicha virtud fundamental y a crecer en ella. Cabe esperar, sin embargo, que en estas enseñanzas encontremos abundantes rasgos importantes de la humildad según el autor de *Camino*<sup>1</sup>.

En esta obra encontramos un capítulo titulado «Humildad», que abarca veinticinco puntos, del 589 al 613<sup>2</sup>. Éstos constituirán la fuente principal de nuestro estudio. Sin embargo, citaremos también otros puntos no incluidos en este capítulo, pero que de un modo u otro están relacionados con el tema que nos ocupa.

A lo largo de nuestra reflexión, hemos identificado en *Camino* cuatro líneas de fuerza de la pedagogía pastoral de la humildad, que analizaremos a continuación.

## 2. HUMILDAD Y PROPIO CONOCIMIENTO

La primera de estas líneas de fuerza es, sin lugar a dudas, la necesidad y la relevancia del propio conocimiento como principio del iti-

1. Utilizamos la edición crítico-histórica de *Camino*, preparada por Pedro Rodríguez, en J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Obras Completas*, Rialp (Serie I, Volumen 1, Instituto Histórico Josemaría Escrivá-Roma), Madrid 2002 (en lo sucesivo usamos la sigla ECH para referirnos a esta edición crítico-histórica).

2. En ECH se le da a este capítulo el número 27, y se indica que es el segundo de la serie sobre virtudes (cfr. *ibid.*, p. 713).

nerario de la humildad. A este respecto, el punto más importante es el 609: «El propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad». Como se puede observar, San Josemaría Escrivá no identifica la humildad con el propio conocimiento, sino que éste es considerado como un requisito previo, que realiza una *manuductio* a aquella<sup>3</sup>. Este punto está elaborado con toda probabilidad a partir de un guión de la plática «Espíritu de humildad» que dio el Fundador del Opus Dei en 1938, donde se lee: «*Como fruto del conocimiento propio, busquemos y pidamos la humildad. Así... et invenietis requiem animabus vestris (Mt 11, 29)*»<sup>4</sup>. El propio conocimiento aparece también en el punto 593: «*Cuando te veas como eres, ha de parecerse natural que te desprecien*», donde también constituye un presupuesto de la humildad<sup>5</sup>. Asimismo, el punto 595 encierra una consideración semejante: «*Si te conocieras, te gozarías en el desprecio, y lloraría tu corazón ante la exaltación y la alabanza*»<sup>6</sup>. Así como la humildad es fruto del propio conocimiento, en sentido contrario la soberbia lo es del desconocimiento propio, según pone de relieve el Autor en el punto 611: «Por soberbia. —Ya te ibas creyendo capaz de todo, tú solo. —Te dejó un instante, y fuiste de cabeza. —Sé humilde y su apoyo extraordinario no te faltará».

El conocimiento que lleva como de la mano a la humildad es el conocimiento de la propia miseria y de la grandeza de Dios<sup>7</sup>. Es un conocer que consiste antes que nada en re-conocer la propia debili-

3. Pensamos que en esto San Josemaría Escrivá no coincide con algunos maestros espirituales, para los cuales el conocimiento propio es elemento constitutivo de la humildad. Así por ejemplo, San Bernardo de Claraval incluye el conocimiento propio en la definición de humildad: «Humilitas vero talis potest esse definitio: humilitas est virtus qua homo verissima sui cognitione sibi ipse vilescit» (La humildad podría definirse así: es una virtud que incita al hombre a menospreciarse ante la clara luz de su propio conocimiento) (*Tratado sobre los grados de humildad y de la soberbia*, I, 2, en *Obras completas de San Bernardo, I: Introducción general y Tratados*, edición bilingüe promovida por la Conferencia Regional Española de Abades Cistercienses, BAC, Madrid 1983, pp. 174ss.).

4. Cfr. los comentarios a los puntos 607 y 609 en ECH, pp. 729ss. La cursiva es del original.

5. Así se pone de relieve en el comentario a este punto en ECH, p. 718: «No es todavía la humildad, sino su principio (...) [El Autor] avanza desde este principio y acepta como cosa lógica y consecuente el ser despreciado. Del entendimiento —vernus como somos— pasa el Autor a la voluntad, que acepta, desea y ama». La cursiva es nuestra.

6. La cursiva es nuestra. Como veremos más adelante, el gozo ante el desprecio y el pesar ante las alabanzas son dos manifestaciones o aspectos de la humildad cristiana que el Autor recibe de la tradición espiritual de la Iglesia (vid. *infra*, nota 28).

7. En su estudio sobre la teología mística de San Bernardo, Gilson llama a este conocimiento propio, «socratismo cristiano», y explica así la diferencia entre el socratismo puro y el cristiano: «Les Grecs disent: connais-toi toi-même pour savoir que tu n'es pas un Dieu, mais un mortel; les chrétiens disent: connais-toi toi-même pour savoir que tu es un mortel, mais l'image d'un Dieu» (Étienne GILSON, *La théologie mystique de Saint Bernard*, J. Vrin, Paris 1934, pp. 92ss., nota 1).

dad: «Reconoce humildemente tu flaqueza para poder decir con el Apóstol: “cum enim infirmor, tunc potens sum” —porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (n. 604), así como nuestra poquedad delante de Dios: «Para que seas humilde, tú, tan vacío y tan pagado de ti mismo, te basta considerar aquellas palabras de Isaías: eres “gota de agua o de rocío que cae en la tierra, y apenas se echa de ver”» (n. 613)<sup>8</sup>. Al mismo tiempo, el propio conocimiento lleva también a reconocer la grandeza de Dios, que viene en auxilio de nuestra flaqueza. En varios puntos el Autor expresa mediante imágenes la simultaneidad del conocimiento de la propia miseria y de la grandeza divina. Así leemos en el punto 473: «Echa lejos de ti esa desesperanza que te produce el conocimiento de tu miseria. —Es verdad: por tu prestigio económico, eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento... Pero, a la izquierda de esas negociaciones, está Cristo... Y ¡qué cifra inconmensurable resulta!». También en el punto 592: «No olvides que eres... el depósito de la basura. —Por eso, si acaso el Jardinero divino echa mano de ti, y te friega y te limpia... y te llena de magníficas flores..., ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso. —Humíllate: ¿no sabes que eres el cacharro de los desperdicios?»<sup>9</sup>. Y en el 599: «Eres polvo sucio y caído. —Aunque el soplo del Espíritu Santo te levante sobre las cosas todas de la tierra y haga que brille como oro, al reflejar en las alturas con tu miseria los rayos soberanos del Sol de Justicia, no olvides la pobreza de tu condición. Un instante de soberbia te volvería al suelo, y dejarías de ser luz para ser lodo». Asimismo leemos en el punto 608: «No es falta de humildad que conozcas el adelanto de tu alma. —Así lo puedes agradecer a Dios. —Pero no olvides que eres un pobrecito, que viste un buen traje... prestado».

8. En ECH, p. 732 se indica que este texto sintetiza la frase del jesuita Luis de la Puente, un clásico del siglo XVII: «[Consideraré] lo que las criaturas son en comparación de Dios, ante quien, como dice Isaías “las gentes son como si no fuesen, son como nada y como cosa vacía de ser (Is. 40, 17), como una gota de agua o del rocío de la mañana que cae en la tierra (Sap. 11, 23) y apenas se echa de ver”...» (Luis DE LA PUENTE, *Meditaciones*, Parte I, Meditación 4, punto 3º). La explicación del porqué se hace referencia en este punto a Isaías y no al libro de la Sabiduría, en *ibid.*

9. Este punto se relaciona con el 605: «Padre: ¿cómo puede usted aguantar esta basura? —me dijiste, luego de una confesión contrita. —Callé, pensando que si tu humildad te lleva a sentirte eso —basura: ¡un montón de basura!—, aún podremos hacer de toda tu miseria algo grande». En ECH, pp. 726ss. leemos: «El lenguaje de este punto ilumina el sentido del “depósito de la basura” del p/592. El hombre, como dice por todas partes el Autor, es criatura de Dios y, por la gracia cristiana, nada menos que hijo de Dios (...) Pero el misterio del pecado anida allí mismo donde se da la bondad ontológica del ser humano, que se “siente” un montón de basura (un montón de pecados), y a la vez —mediando una “confesión contrita”— se dispone a ser “algo grande” por el agradecimiento y la alabanza».

En esta misma línea, el Autor utiliza otra imagen para mostrar que el propio conocimiento lleva a sentirse instrumentos en las manos de Dios: «Ya puedes desechar esos pensamientos de orgullo: eres lo que el pincel en manos del artista. —Y nada más. —Dime para qué sirve un pincel, si no deja hacer al pintor» (n. 610)<sup>10</sup>.

Hay que notar cómo San Josemaría Escrivá enseña que este conocimiento propio no es consecuencia de una mera introspección psicológica, sino que para adquirirlo se requiere un ambiente de oración, donde —con la luz de la fe— el cristiano puede verse como es visto por Dios. Así lo afirma en el punto 91: «Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?” —¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: *conocerle y conocerte*: “¡tratarse!”»<sup>11</sup>. Para ello es preciso vivir el recogimiento interior: «Distraerte. —¡Necesitas distraerte!..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias de tu miopía... ¡Ciérralos del todo!: ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo: y *tratarás a Dios...*, y *conocerás tu miseria...*, y te endiosarás... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres» (n. 283)<sup>12</sup>.

El Autor considera que el conocimiento propio no es algo meramente humano, sino más bien un don de Dios. Así lo vemos en el punto 591: «Cuanto más me exalten, Jesús mío, humíllame más en mi corazón, haciéndome saber lo que he sido y lo que seré, si tú me dejas». Este punto se ilumina con la anotación que le dio origen. Se trata de un apunte tomado por San Josemaría Escrivá el día de Reyes de 1932, como fruto de su oración personal pidiendo regalos al Señor: «Y además otro regalo: Amor..., un Amor que me deje limpio. Y otro regalo aún: *Conocimiento propio, para llenarme de humildad*. Finalmente, con la reliquia de San Juan de Dios en la mano [que le habían regalado las monjas de Santa Isabel esa mañana] (...) le dije: quiero

10. En un punto anterior encontramos una idea parecida, aunque aquí no aparece la imagen del pincel: «Te reconoces miserable. Y lo eres. —A pesar de todo —más aún: por eso— te buscó Dios. —Siempre emplea instrumentos desproporcionados: para que se vea que la “obra” es suya. —A ti sólo te pide docilidad» (n. 475).

11. La cursiva es nuestra. A este respecto leemos en ECH, p. 301: «“Tratarse”. El progreso de la vida interior, según el Autor, no es sino el desarrollo de este “tratarse”, que sintetiza, todavía más, el “conocerle y conocerte” en que ya lo había resumido todo (oración e interioridad), y en el que resuena el célebre “noverim me, noverim te” de San Agustín (*Soliloquiorum*, lib. 2, cap 1, 1: PL 32, 885)».

12. La cursiva es nuestra.

amarte más que éste [San Juan de Dios], quiero ser más humilde que éste: cuanto más me exalten, Jesús mío, humíllame más en mi corazón, haciéndome saber lo que he sido y lo que seré, si tú me dejas»<sup>13</sup>.

### 3. EL EJEMPLO DE LA HUMILDAD DE JESUCRISTO

La segunda línea de fuerza de la pedagogía de la humildad en *Camino* es la exhortación del Autor a fijar la mirada en la humildad de Nuestro Señor Jesucristo, que aparece de modo explícito en el punto 606: «Mira qué humilde es nuestro Jesús, ¡un borrico fue su trono en Jerusalén!...»<sup>14</sup>. Y en el punto siguiente se cita textualmente la exhortación del mismo Jesucristo a que aprendamos de su humildad: «La humildad es otro buen camino para llegar a la paz interior. —“Él” lo ha dicho: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón... y encontraréis paz para vuestras almas” (Mt 11, 29)».

En otro lugar, San Josemaría Escrivá se detiene a considerar la humillación que supone el anonadamiento de Cristo: «Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos... Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! —¡tuyo!— tesoro infinito, margarita preciosísima, *humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía*» (n. 432)<sup>15</sup>. En el comentario de P. Rodríguez a este punto, leemos: «“Humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo”. Es la *kènosis* de Cristo. El Autor toma como punto de partida de su consideración el texto de Filipenses 2, agregándole elementos del Evangelio de la infancia y, sobre todo, haciendo culminar el anonadamiento del Hijo de Dios (...) en la realidad del Misterio eucarístico»<sup>16</sup>. Efectivamente, San Josemaría enseña que la Eucaristía

13. ECH, pp. 715ss. La cursiva es nuestra.

14. Este punto tiene un claro sabor autobiográfico, ya que desde mucho antes de escribir *Camino*, el Autor se consideraba el borrico de Jesús. Como se lee en ECH, p. 727, todo hace pensar que este punto lo redactó recordando un momento culminante de esa experiencia, grabado en su alma, que él mismo dejó escrito el año 1932: «Esta mañana como de costumbre, al marcharme del Convento de Santa Isabel, me acerqué un instante al Sagrario, para despedirme de Jesús, diciéndole: Jesús, aquí está tu borrico... Tú verás lo que haces con tu borrico... —Y entendí inmediatamente, sin palabras: “Un borrico fue mi trono en Jerusalén”».

15. La cursiva es nuestra.

16. ECH, p. 581.

constituye el ápice del anonadamiento de Cristo, idea que aparece aún más claramente en el punto 533: «Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... —Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz. Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (“Nuestra” Misa, Jesús...)»<sup>17</sup>.

Hay otros dos puntos donde el Autor vuelve a insistir con términos parecidos en la misma idea. En efecto, en el 538 escribe: «Ahí lo tienes: es Rey de Reyes y Señor de Señores. —Está escondido en el Pan. Se humilló hasta esos extremos por amor a ti». Y en el 843, leemos: «“Non manifeste, sed quasi in occulto” —no con publicidad, sino ocultamente: así va Jesús a la fiesta de los Tabernáculos. Así irá, camino de Emaús, con Cleofás y su compañero. —Así le ve, resucitado, María Magdala. Y así —“non tamen cognoverunt discipuli quia Jesus est” —los discípulos no conocieron que era Él —así acudió a la pesca milagrosa que nos cuenta San Juan. *Y más oculto aún, por Amor a los hombres, está en la Hostia*»<sup>18</sup>.

#### 4. LA PROPIA HUMILLACIÓN

La tercera línea de fuerza de la pedagogía de la humildad es lo que podríamos llamar «la propia humillación». Con ella, el Autor enseña a imitar la *kènosis* de Jesús por medio del anonadamiento del propio «yo», entendiendo por este «yo» entrecomillado la personificación del egoísmo humano. Así interpela al lector en el punto 602: «Tú, sabio, renombrado, elocuente, poderoso: si no eres humilde, nada vales. —Corta, arranca ese “yo”, que tienes en grado superlativo —Dios te ayudará—, y entonces podrás comenzar a trabajar por Cristo, en el último lugar de su ejército de apóstoles»<sup>19</sup>. Más adelante encontramos otros dos puntos donde se hace referencia a este anonadamiento del

17. Según ECH, este texto procede de sus notas del retiro espiritual de Segovia, el 8-X-1932 (5º día del retiro) y precede en la misma anotación a otro texto que dio origen al punto 432, anteriormente citado. Se ve por tanto, la continuidad redaccional de los números 533 y 432, por este orden (cfr. ECH, p. 663).

18. La cursiva es nuestra.

19. En ECH, p. 725 leemos que este texto está tomado de una anotación de San Josemaría Escrivá en sus *Apuntes íntimos*, fechada en 19-XII-1933. Sobre ella, comenta aquí P. Rodríguez: «Interesante la autocorrección que el propio Autor hizo en su Cuaderno mientras escribía el texto transcrito. Escribió primero: “y entonces podrás trabajar”, que corrigió así en el propio Cuaderno: “y entonces comenzarás a trabajar”. Y al pasar al texto impreso, la última corrección: “y entonces podrás comenzar a trabajar”. Una forma de señalar la radicalidad con que se opone al seguimiento de Cristo el “yo” engraido: impide el propio conocimiento y, por tanto, la humildad».

«yo», concretamente en el capítulo titulado «La gloria de Dios»<sup>20</sup>. En el primero, se lee: «“Deo omnis gloria”. —Para Dios toda la gloria. —Es una confesión categórica de nuestra nada. Él, Jesús, lo es todo. Nosotros, sin Él, nada valemos: nada. Nuestra vanagloria sería eso: gloria vana; sería un robo sacrílego; *el “yo” no debe aparecer en ninguna parte*» (n. 780)<sup>21</sup>. El segundo dice lo siguiente: «Da “toda” la gloria a Dios. —“Exprime” con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, *para que en ellas no quede nada que huela a humana soberbia, a complacencia de tu “yo”*» (n. 784)<sup>22</sup>.

El Autor no sólo propone al lector el anonadamiento del «yo», sino que también enseña algunos modos concretos para ponerlo en práctica. Uno de ellos consiste en tratar de pasar oculto, sin llamar la atención. Encontramos esta enseñanza en el punto 590: «No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. —Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa». Más adelante vuelve a insistir en lo mismo: «No pretendas que te “comprendan”. —Esa incompreensión es providencial: para que tu sacrificio pase oculto» (n. 647)<sup>23</sup>.

Otro modo práctico para alcanzar la propia humillación consiste en rendir el propio juicio: «No desaproveches la ocasión de rendir tu juicio propio. —Cuesta..., pero ¡qué agradable es a los ojos de Dios!» (n. 177), y en otro punto se lee: «Tu propia voluntad, tu propio juicio: eso es lo que te inquieta» (n. 777). Se entiende que el Autor se refiere a la propia voluntad y al propio juicio en cuanto dominados por el egoísmo y enfrentados a la voluntad y al juicio de Dios<sup>24</sup>.

Finalmente, el Autor sugiere otro modo práctico para conseguir el anonadamiento del «yo»; se trata de la humillación ante la experiencia de los fracasos y caídas propios. Por lo que se refiere a los fracasos en

20. Es el capítulo 37 en la numeración de ECH.

21. La cursiva es nuestra. En el comentario a este punto, escribe P. Rodríguez: «El “yo” (...). Ese “yo” entrecomillado es la autoafirmación egoísta del hombre frente a Dios (...). “Nuestra nada”: es el lenguaje de la tradición espiritual. El Autor quiere poner de relieve la total soberanía de Dios. La desaparición del “yo” y el reconocimiento de “nuestra nada” son, paradójicamente, los que hacen aparecer la riqueza de la persona humana, de “cada” persona, redimida en su singularidad por Cristo» (ECH, p. 858).

22. La cursiva es nuestra.

23. Pedro Rodríguez comenta así este punto: «“Pasar oculto” es un ideal en la vida del Autor de *Camino* (“ocultarse y desaparecer”: vid. Introd. al cap 41), que se inspira en su meditación de la “vida oculta” de Cristo y en el pasaje de San Juan hablando de Jesús, que subió a la fiesta “non manifeste sed quasi in occulto” (Jn 7, 10)» (ECH, p. 757). Otros puntos donde el Autor ilustra la necesidad de pasar oculto: 840, 842 y 848.

24. Cfr. el comentario a este punto en ECH, pp. 853ss.

el terreno de la acción apostólica, el Autor escribe: «¡Has fracasado! —Nosotros no fracasamos nunca. —Pusiste del todo tu confianza en Dios. —No perdonaste, luego, ningún medio humano. Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo —ahora y en esto— era fracasar. —Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!» (n. 404). Y en el punto siguiente leemos: «¿Que has fracasado? —Tú —estás bien convencido— no puedes fracasar. No has fracasado: has adquirido experiencia. —¡Adelante!» (n. 405)<sup>25</sup>.

Tampoco los fallos y caídas en la lucha ascética deben provocar en el cristiano hundimiento y desesperación. Así se recoge en el punto 711: «Otra caída... y ¡qué caída!... ¿Desesperarte?... No: humillarte y acudir, por María, tu Madre, al Amor Misericordioso de Jesús. —Un “miserere” y ¡arriba ese corazón! —A comenzar de nuevo»; y en el punto siguiente: «¡Muy honda es tu caída! —Comienza los cimientos desde ahí abajo. —Sé humilde. —“Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias”. —No despreciará Dios un corazón contrito y humillado» (n. 712). Hallamos la misma enseñanza en el punto 882: «Cuando quieres hacer las cosas bien, muy bien, resulta que las haces peor. —Humíllate delante de Jesús, diciéndole: ¿has visto cómo todo lo hago mal? —Pues, si no me ayudas mucho, ¡aún lo haré peor! Ten compasión de tu niño: mira que quiero escribir cada día una gran plana en el libro de mi vida... Pero, ¡soy tan rudo!, que si el Maestro no me lleva la mano, en lugar de palotes esbeltos salen de mi pluma cosas retorcidas y borrones que no pueden enseñarse a nadie. Desde ahora, Jesús, escribiremos siempre entre los dos». En los tres últimos puntos citados, se puede observar cómo el Autor enseña claramente que la experiencia de la propia miseria en la lucha espiritual debe conducir al cristiano, no al desaliento, sino a la humillación de uno mismo, y esto constituye un medio eficaz para crecer en la virtud de la humildad. También se puede comprobar que los términos con que exhorta a ello son muy parecidos entre sí: «Humillarte y acudir...» (n. 711); «sé humilde» (n. 712) y «humíllate» (n. 882).

## 5. LA ACEPTACIÓN DE LAS HUMILLACIONES EXTERNAS

La cuarta línea de fuerza de la pedagogía de la humildad que hemos hallado en *Camino* es la aceptación de las humillaciones que nos

25. Comenta Pedro Rodríguez: «Este punto, con el anterior y el siguiente, forman la unidad temática dedicada al “fracaso” en la vida del cristiano, fracaso que sólo puede entenderse y asimilarse desde la humildad: ésta es la tesis del Autor. El fracaso solamente hunde al que se mueve por orgullo. Para el que confía en el Señor, el fracaso se hace “éxito”, porque nos hace humildes y nos lleva a aprender y a rectificar» (ECH, p. 560).

vienen desde el exterior de nuestra persona. Así lo enseña el Autor cuando escribe: «No eres humilde cuando te humillas, sino cuando te humillan y lo llevas por Cristo» (n. 594). A primera vista nos parecería ver una contradicción entre el contenido de este punto y la eficacia de la propia humillación de cara al crecimiento en humildad. Por ello, recogemos aquí el comentario de P. Rodríguez al mismo, que arroja una luz decisiva para su comprensión: «La frase “no eres humilde cuando te humillas” no es sólo un contrapunto a la segunda parte del texto; tiene su peculiar consistencia y su propio mensaje. En la experiencia y praxis espiritual del Autor, ciertos actos exteriores de humillación eran muy sospechosos de inautenticidad, de “falsa humildad”. En efecto, quiere evitar de raíz todo lo que parezca mera exterioridad —“así tan humildico” (p/603)— que chocaba con la naturalidad de la vida cristiana en el mundo, que él predicaba (...). Por lo demás el contrapunto entre los dos miembros de la frase, unido al explícito contenido cristológico con que el Autor plantea la recepción de las humillaciones, tiene una fuerte capacidad de situar al lector ante la cuestión existencial de la humildad»<sup>26</sup>. Vemos, por tanto, que en el punto anteriormente citado, el Autor desestima sólo algunos actos exteriores de propia humillación, porque no conducen a la verdadera, sino a la falsa humildad.

El contenido cristológico al que acaba de hacer referencia P. Rodríguez es aún más explícito en otro lugar: «Jesús... callado. —“Jesus autem tacebat”. —¿Por qué hablas tú, para consolarte o para sincerarte? Calla. —Busca la alegría en los desprecios: siempre te harán menos de los que mereces. —Puedes, tú, acaso, preguntar: “Quid enim mali feci?” —¿qué mal he hecho?» (n. 671). El punto recién citado se relaciona claramente con éste: «Si te conocieras, te gozarías en el desprecio, y lloraría tu corazón ante la exaltación y la alabanza» (n. 595). Como señala Pedro Rodríguez, nos encontramos ante «otro aspecto radical de la humildad cristiana, que el Autor recibe de la tradición. Los dos elementos que integran este punto corresponden a dos de las dimensiones de la humildad, tan sutilmente analizadas por los espirituales, que ofrecen distintas propuestas de comprensión. Gozarse en el desprecio. San Anselmo dice de los que desean ser humildes: “ha de serles cosa familiar, al ser injuriados, recibir la afrenta con paciencia, como un gran regalo que se les hace” (Sexto grado de humildad según San Anselmo, *De similitudinibus*, cap. 107: PL 149, 668 B). San Juan de Ávila: “Que en este menosprecio el hombre se alegre” (*Cinco grados de humildad*; BAC 324, 1971, pg 505, lín 4. Es el cuar-

26. ECH, pp. 718ss.

to grado de humildad del Maestro Ávila) [...]. Llorar ante la exaltación y la alabanza. “No holgarnos —dice un autor del siglo XVII— ni tomar contentamiento cuando somos alabados y estimados de los hombres” (Alonso Rodríguez, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, Parte 2, tratado 3º, cap. 14, Editorial Apostolado de la Prensa, Madrid 1950, pg 903). El Autor de *Camino* es más radical: no ya alegrarnos, sino que llore el corazón»<sup>27</sup>. En esta misma línea de pensamiento se sitúa el punto 596, donde leemos: «No te duela que vean tus faltas; la ofensa de Dios y la desedificación que puedas ocasionar, eso te ha de doler. —Por lo demás, que sepan cómo eres y te desprecien. —No te cause pena ser nada, porque así Jesús tiene que ponerlo todo en ti»<sup>28</sup>.

Por otra parte, el Autor aconseja al lector que traiga a su memoria los desprecios que se le hicieron, como contrapunto de las alabanzas que está recibiendo. Así lo vemos en dos puntos que guardan una estrecha relación temática. El primero es el 252: «Haz este propósito determinado y firme: acordarte, cuando te den honras y alabanzas, de aquello que te avergüenza y sonroja. Esto es tuyo; la alabanza y la gloria, de Dios». El segundo, que inicia el capítulo titulado «Humildad», dice así: «Cuando percibas los aplausos del triunfo, que suenen también en tus oídos las risas que provocaste con tus fracasos» (n. 589).

Citamos un último punto, donde el Autor da un consejo práctico que ayuda a aceptar una humillación externa concreta: «¿Te riñen? —No te enfades, como te aconseja tu soberbia. —Piensa: ¡qué caridad tienen conmigo! ¡Lo que se habrán callado!» (n. 698).

## 6. EPÍLOGO

Ofrecemos para finalizar una breve recapitulación de los resultados de nuestro estudio. A lo largo de nuestra reflexión hemos comprobado que el Autor de *Camino* traza en esta obra cuatro nítidas líneas de fuerza de su pedagogía pastoral de la humildad. La primera de ellas es la necesidad y la importancia del propio conocimiento como principio del itinerario de la humildad. San Josemaría enseña que el propio conocimiento no es todavía la humildad, sino su prin-

27. ECH, pp. 719ss.

28. Después de transcribir la anotación de San Josemaría Escrivá en sus *Apuntes íntimos* fechada en 18-XI-1931, de la que brotará este punto de *Camino*, comenta P. Rodríguez: «Una consideración que sale directamente de su oración y de su examen personal (...) Para el Autor de *Camino* el punto de partida es la patencia de sus propias faltas, lo que le lleva a esa importante distinción entre el desprecio merecido por ella —que desea— y la desedificación del prójimo que ella provocan, que es lo que le duele» (ECH, pp. 720s.).

cipio, como un requisito indispensable para alcanzar esta importante virtud. El conocimiento que lleva como de la mano a la humildad es el conocimiento de la propia miseria y de la grandeza de Dios, que no es algo meramente humano, sino más bien un don de Dios.

La segunda línea de fuerza de la pedagogía de la humildad en *Camino* es la exhortación del Autor a que fijemos nuestra mirada en la humildad de Nuestro Señor Jesucristo, en la *kènosis* o anonadamiento que suponen su Encarnación, su Nacimiento en Belén, su vida oculta en Nazaret, su Pasión y su Muerte en la Cruz, *kènosis* que según San Josemaría culmina en la realidad del Misterio eucarístico.

La tercera línea de fuerza de la pedagogía de la humildad es lo que podríamos llamar «la propia humillación». Con ella, San Josemaría enseña a imitar la *kènosis* de Jesús por medio del anonadamiento del propio «yo», entendiendo por este «yo» entrecomillado la personificación del egoísmo humano. El Autor de *Camino* no se limita a proponer de modo genérico a sus lectores este anonadamiento, sino que también enseña algunos modos concretos para llevarlo a la práctica.

Finalmente, constatamos que la cuarta línea de fuerza de la pedagogía de la humildad en *Camino* es la recepción de las humillaciones que nos vienen desde el exterior de nuestra persona. Para ser humildes hay que alegrarse ante los desprecios, traerlos a la memoria cuando se reciben alabanzas como contrapunto de las mismas y no enfadarse ante las reprensiones. La aceptación de las humillaciones externas es planteada por San Josemaría con un explícito contenido cristológico.